

AMADOR NEGhme EN EL RECUERDO

Rendir homenaje al Dr. Amador Neghme es insuficiente para nuestros propósitos de recordarlo y rebasaría las páginas de nuestra edición.

Quisiéramos rescatar para nuestros lectores y colegas un mundo de gestos, imágenes humanas, testimonios de todos los que le conocimos. Los iremos entregando número a número. 1912-1987

De aire distante, severo, poco condescendiente, de ceño fruncido y mirada perspicaz y acerba a cuanto le rodeaba, Amador Neghme era cordial con cualquiera que quisiera expresar ideas, dudas o inquietudes, o sencillamente acercarse en busca de amistad. Su pensar claro, riguroso y reflexivo, hacía grato discutir con él cualquier tipo de problemas, o deleitarse escuchándole sus puntos de vista, postulados, o apreciaciones respecto a los más diversos temas de las ciencias biológicas, de la medicina, de la salud pública, de la educación, de las políticas a desarrollar para el bien de nuestros pueblos, o sus comentarios sobre las cosas de la vida cotidiana. Divisaba lo particular y lo general, lo local y lo universal con igual nitidez, en una especie de juego racional recíproco, lo que le daba a lo obvio, a lo oscuro, una luz conmovedora. Respectuoso para el juicio ajeno, sabía oír antes de contestar, pero era terminante en la expresión de sus propias concepciones cuando ya se había formado juicio, sin caer en esas ambigüedades a que somos aficionados los chilenos, a fin de no comprometernos ni con nosotros mismos, ni menos con lo que creemos puede dignificar al otro.

Cuidadoso del tiempo ajeno, se esmeraba en cumplir los compromisos a la hora justa, y al tratar problemas procuraba llegar sin premura, pero sin dilaciones inútiles, al centro del asunto, empleando eso sí, todo el tiempo necesario, hasta alcanzar resultados válidos.

Tenía conceptos claros sobre aquellas materias en que era un maestro eminente, como la parasitología, la medicina en general, la educación médica, pero también sobre temas históricos, sociológicos, psicológicos, sobre los cuales poseía opinión propia, y le gustaba informar, estudiarlos, o escuchar —lo que hacía con avidez—, a quienes reconocía como sabedores de tales temas. Durante el curso de Antropología Médica, dictado bajo su gestión como Decano, por Pedro



Lain Entralgo, y que abarcó numerosas lecciones, era el primer alumno en llegar al auditorio Lucas Sierra y el último en retirarse, siguiendo casi transido paso a paso aquellas magistrales lecciones.

Esa apertura a todo lo cultural lo convertía no en el especialista cerrado, sino en el universitario por esencia, que ajeno a ideologías o compromisos políticos, estaba siempre en aquella zona del quehacer humano que ha sido la esperanza de la Universidad y del universitario.

En un viaje a Bogotá en 1972 en representación de la Academia Chilena de Medicina, tuve ocasión de apreciar su virtud de despertar inquietudes, su calor afectivo, sus gozos y penas, su visión esperanzada de la vida, sus sabrosos comentarios sobre diversos eventos de que había sido partícipe. Me dejó sorprendido su perspicacia para penetrar en el mundo oculto de las personas, en los intereses y ambiciones que las movían, y sobre todo, en lo que coexistía a cada una. Así pude formarme una idea de cómo pesquisaba la historia de la medicina

chilena de los últimos decenios, uno de sus actos principales. Me di cuenta también de la intensidad de los afectos por sus amigos, lo que era notable dada su engañadora apariencia de hombre frío y absorto en ese brotar múltiple de iniciativas.

Como Decano de la antigua Facultad de Medicina estaba trabajando un proyecto para departamentalizarla y para crear un centro de estudios humanísticos. Siendo yo miembro en ese entonces de la Comisión de Docencia, me tocó escucharle sus ideas, y lo escandaloso para él que una Facultad universitaria, que no es mera escuela profesionalizante, gradúe personas ignorantes de la historia del mundo en que viven, ajenos a las grandes disputas en torno a la ética y la bioética contemporánea, ciegos a la íntima vinculación entre el modo de ver la salud y la enfermedad en la época de Hipócrates, Galeno, Harvey o Claude Bernard, y el modo actual, sin darse cuenta del amplio campo común de coincidencias y diferencias. La Reforma Universitaria de 1968, puso fin a este último bello proyecto. Ahora es de esperar que en su homenaje, se lleve definitivamente a cabo.

Más allá de todo, de sus numerosos y altos cargos, es imposible recordar a Amador Neghme sin que acuda a la mente la imagen de un hombre de extraordinaria grandeza moral reflejada en un rostro a la vez meditativo, animoso, pronto al hacer. Ese rostro vuelve a mí con frecuencia como lo vi un día tras un pálido sol de atardecer mientras sobreolábamos La Paz: estaba absorto como un niño mirando aquel lugar asombroso, con una leve sonrisa que abarcaba todo su ser y que transparecía sin embargo, allí en lo profundo, una velada tristeza. Comprendí entonces que su vida se movía en medio de dilatados espacios de soledad y que ahí estaba quizás el secreto de su fuerza.

DR. ARMANDO ROA 1915

Amador Neghme en el recuerdo [artículo] Jaime Pérez-Olea [y] Armando Roa.

Libros y documentos

AUTORÍA

Pérez Olea, Jaime, 1921-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1987

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Amador Neghme en el recuerdo [artículo] Jaime Pérez-Olea [y] Armando Roa. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile